

**La construcción del concepto  
“Nuevo Mundo” en las crónicas  
españolas, siglos XVI-XVIII**

Juan Sebastián Ocampo Murillo  
Universidad Pontificia Bolivariana

Número especial

Septiembre 2019

e-ISSN: 2422-0795



**QUIRÓN**

Revista de estudiantes  
de Historia

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas  
Sede Medellín



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA



# QUIRÓN

---

Revista de estudiantes  
de Historia



# La construcción del concepto “Nuevo Mundo” en las crónicas españolas, siglos XVI-XVIII\*

Juan Sebastián Ocampo Murillo\*\*

## Resumen

Hay conceptos que se utilizan en el ámbito académico sin ninguna dilación. La concepción “Nuevo Mundo” hace parte de ese arsenal de palabras que ocupan un lugar común dentro de la historiografía para referirse a lo que, de una forma convencional, se ha denominado “historia colonial”. En la siguiente ponencia se hará una genealogía del concepto a través de la revisión de las crónicas españolas en un período amplio que abarca desde el siglo XVI hasta la Ilustración. A través de las herramientas de la hermenéutica, se analizará la naturaleza de cada texto y la manera en la que las palabras “Nuevo Mundo” fueron concebidas en contextos de escritura determinados.

**Palabras clave:** colonia, conquista, escritura, filosofía, formación de conceptos, historiadores indianos, Ilustración, Nuevo Mundo.

---

\*Recibido: 10 de enero de 2019. Aprobado: 1 de marzo de 2019. Modificado: 12 de abril de 2019. Este texto hace parte de la investigación que desarrolló el autor para su trabajo de grado del programa de Historia.

\*\*Estudiante de Historia y Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Correo: juna\_murillo@outlook.es



# The Construction of the “New World” Concept in Spanish Chronicles, 16<sup>th</sup> – 18<sup>th</sup> Centuries

## Abstract

There are concepts that are used in the academic field without any delay. The “New World” conception is part of that arsenal of words that occupy a common place in historiography to refer to what, in a conventional way, has been called “colonial history”. In the following paper a genealogy of the concept will be made through the review of the Spanish chronicles in a wide period ranging from the sixteenth century to the Illustration. Through the tools of hermeneutics, the nature of each text will be analyzed and the way in which the words “New World” were conceived in specific writing contexts.

**Keywords:** Colony, concept formation, conquest, Illustration, Indian historians, new world, philosophy, writing.

## A manera de introducción: la escritura como posibilidad de habitar y construir la historia

En primer lugar, como preludio de esta investigación, resulta necesario, al menos para la presente temática, partir del hecho de que la escritura en la historia de la civilización occidental no solo corresponde a un acto mecánico que atañe el movimiento de los pliegues de la mano que sujetan una herramienta (pluma, cincel e —incluso— artefactos con amplio desarrollo técnico como la imprenta), a la vez que la retina traduce una imagen en el cerebro que, finalmente, se plasma de manera fidedigna en un formato organizado en hojas. Este proceso pareciera algo que se ha naturalizado, cosificado si así se prefiere, pues la escritura se ha pontificado a lo largo del trasegar de la historia de los pueblos occidentales, como la más magnánima expresión del espíritu, repositorio de lo más sublime, incluso como punto de partida de la historia universal misma (se deben recordar las divisiones que se hicieron en la época de la Ilustración entre prehistoria, como el momento de existencia de las culturas ágrafas y la historia que solo se logró fraguar en el caldo primigenio del gesto escrito<sup>1</sup>).

---

1. José Luis Romero, *Estudio de la mentalidad burguesa* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1999), 54-69.



Efectivamente, no es de extrañar que a lo largo de la Edad Media y la modernidad se conjugaran en un abrazo armónico dos concepciones que ligaron en fraternal unión tres elementos: la palabra, la escritura y la historia. La primera de estas fue una herencia del mundo hebreo que, paulatinamente, se fue helenizando; la palabra דָבָר (*dabar*), hacía referencia al soplo de vida de Yahvé en los seres naturales (“Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz”. Génesis 1,3), hálito divino que les cobijaba de רוּחַ (*ruaj*) ser —o *pneuma*— y, por tanto, de historicidad<sup>2</sup>. La segunda noción que se inmiscuyó como arte y parte de esta triada fue la de λόγος (*logos*), concepto griego que, poco a poco, se fue cristianizando (“En el principio era el Logos, y el Logos era con Dios, y el Logos era Dios”. Juan 1,1); este hacía referencia al momento de encarnación histórica de la verdad absoluta que se hacía tangible de forma universal a todos los seres racionales mediante el acto de la escritura.

Ahora bien, según esto, abocar hacia lo que está escrito dista de atrapar un montón de hechos factuales que yacen en las letras de las obras como si estas fuesen un reflejo fenoménico de la realidad, más bien, lo escrito devela un proceso vital —cognoscitivo y sensitivo— en el cual el autor despliega todo el sistema representacional que liga su contingencia a lo que se considera como universal en una época histórica; es decir, sus miedos, sus esperanzas, angustias, y formas de aprehender la realidad, se ponen en consonancia con el sentir de sus semejantes, los contemporáneos a él y los que se han incorporado al panteón de la tradición como momentos previos del *Zeitgeist* (espíritu de la época).

En esos sencillos morfemas que se encadenan para formar las palabras, “Nuevo Mundo” se esconde, a la vez que se revela (con la fuerza del *Mysterium*) un momento particular de la universalidad, pues bien decía Friedrich Schlegel: “El todo, cuyas partes constitutivas son la multiplicidad, la unidad y la totalidad, solo puede presentarse en la realidad de una manera limitada”<sup>3</sup>. En la siguiente investigación se va a elucidar cómo los cultores del concepto “Nuevo Mundo” edificaron, desde sus escritos, una concepción compleja de lo que era el ser-americano, esto es, una ontología de esa “novedad” histórica, mientras que, a su vez, el ser-americano constituyó al ser-europeo —en el juego dialéctico— como punto de comparación (subjetividad absoluta) para ubicar a los demás pueblos del mundo.

---

2. En el libro de Ezequiel (37,1-6), la palabra *dabar* (palabra) o *debarim* (palabras) indica la presencia de Dios en la historia que le da vitalidad a todos los seres: “<sup>1</sup> La mano del Señor vino sobre mí, y su Espíritu me llevó y me colocó en medio de un valle que estaba lleno de huesos. <sup>2</sup> Me hizo pasearme entre ellos, y pude observar que había muchísimos huesos en el valle, huesos que estaban completamente secos. <sup>3</sup> Y me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?» Y yo le contesté: «Señor omnipotente, tú lo sabes». <sup>4</sup> Entonces me dijo: «Profetiza sobre estos huesos, y diles: “¡Huesos secos, escuchen la palabra del Señor! <sup>5</sup> Así dice el Señor omnipotente a estos huesos: “Yo les daré aliento de vida, y ustedes volverán a vivir. <sup>6</sup> Les pondré tendones, haré que les salga carne, y los cubriré de piel; les daré aliento de vida, y así revivirán. Entonces sabrán que yo soy el Señor”»”.

3. Friedrich Schlegel, *Kritische Friedrich Schlegel-Ausgabe*, Tome I (München: Schöningh, 1962), 289. Traducción del autor.



Para poder efectuar esta investigación se va a hacer uso de la metodología que plantea la hermenéutica filosófica, principalmente de Friedrich Schleiermacher que, a propósito, tuvo una gran raigambre en el método dialéctico —Friedrich Hegel—. De acuerdo con Schleiermacher, la hermenéutica implica la comprensión de los textos en su momento histórico, esta es una *Kunstlehr* (teoría del arte) del entendimiento de los escritos en su *Sitz im Leben* (espíritu vital), que solo se puede lograr a partir de la comprensión del lenguaje del autor en su historicidad. De acuerdo con esto, el lenguaje funge como el proceso de identificación del autor con su obra y con el *Zeitgeist*. En términos del filósofo germano, mediante el uso del lenguaje se supera la mismidad (la individualidad del yo psicofísico), para adentrarse en la subjetividad universal de su tiempo y en la objetividad del objeto al cual se refiere la obra, pues:

[...] únicamente cuando tanto el lenguaje en su objetividad como el proceso de producción de pensamientos son captados perfectamente como función de la vida intelectual individual en su relación con la esencia del pensar mismo que, partiendo del modo de combinar y comunicar pensamientos se pueda exponer con una coherencia total también el modo como se debe proceder al comprender.<sup>4</sup>

Dicho de otra forma, el lenguaje que se despliega en un momento histórico es el acto mediante el cual el ser, como sujeto histórico, moldea al mundo, a la vez que su experiencia vital misma en el despliegue de las posibilidades socioculturales, estructura las percepciones y las nociones de sentido, pues en él opera la totalidad de los conceptos válidos de la época. Esto es un “juego dialéctico”, como señaló Hegel; el acto de escribir es “la forma más verdadera de la intuición, que es un signo. Es una existencia en el tiempo —una desaparición de la presencia—”<sup>5</sup>. En otras palabras, detrás de la materialidad de la palabra se subliman y coligen con halo de trascendencia los valores, las necesidades y los afanes de una época; es así, como en un doble movimiento, el individuo se liga a lo universal, y lo absoluto se encarna en lo contingente, bajo el género y la naturaleza de la obra misma.

Ahora, el análisis hermenéutico implica, en primer lugar, elucidar cómo se organiza el conjunto de las operaciones lingüísticas en una obra para transmitir un mensaje que explicita el εἶδος (*eidós*), o las formas del universo conceptual de su época; en otros términos, la importancia de este paso acaece de un análisis del género del texto. Las crónicas que atravesaron todas las latitudes de lo que, convencionalmente, se ha denominado el período colonial, tenían como fin significar e insertar dentro de la historia universal, primero la

---

4. Friedrich Schleiermacher, *Los discursos sobre hermenéutica*, ed. Lourdes Flamarique (Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico, 1999), 87.

5. Cita de Friedrich Hegel en Jacques Derrida, “El pozo y la pirámide. Una aproximación a la filosofía del lenguaje en Hegel”, en *Hegel y la modernidad* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1983), 60.



salvación entre los siglos XVI y XVII, y luego, el paradigma científico por el cual propugnaba la casa imperial de los Borbones durante la Ilustración española enmarcada en el fenómeno más amplio del iluminismo occidental. Incluso en períodos tardíos como el siglo XVIII, recoger los hechos a manera de cartas y crónicas, era percibido como una tarea de resignificación, pues se estaba poniendo un velo de duda a los escritos anteriores que se consideraba estaban plagados de prejuicios teológicos<sup>6</sup>. Walter Mignolo explicó cuál es la naturaleza de la crónica:

Lo que se denomina generalmente como “Indias” o “Nuevo Mundo”, en los escritos anteriores al siglo XVIII y que, con más asiduidad, comienza a denominarse “América” en el siglo XIX, no es —lo sabemos— un cambio de nombre, sino una modificación conceptual relacionada con un cambio político y económico que trazamos cronológicamente hasta la independencia.<sup>7</sup>

En concordancia con lo anterior, después de haber realizado una exégesis de los textos, se debe abocar hacia el contexto material (social-político), en el cual se desarrollaron y fueron acogidos por un público receptor. Antes del período de las independencias de los territorios de ultramar, la consigna se hilvanaba en cómo lograr una correcta dominación del territorio, sus recursos y sus personas. Son los hombres los que escriben, los que explicitan su pensamiento, los hombres como habitantes y escultores de la historia quienes están en constante relación con la tradición narrativa y el espíritu vital que circunda sus obras. Así, se va a explicar cómo se desarrolló el concepto de “Nuevo Mundo” entre los siglos XV y XVI, cuando la consigna estaba dirigida a erigir “reinos cristianos”, vasallos de su majestad; hasta entrar al siglo XVIII, cuando se estableció una relación binaria entre las metrópolis y las colonias en el marco de la división internacional del trabajo.

## 1. La ruptura con el paradigma de *Ecumene* (nuestro mundo) de las autoridades antiguas

El historiador Edmundo O’Gorman aduce que, hasta muy entrado el siglo XV, “la tierra entera no se concibe como domicilio natural del hombre; en ella se aloja, ocupando principalmente el hemisferio norte, una porción de la superficie, la *Ecumene* descubierta por las aguas”<sup>8</sup>.

6. Jorge Cañizares, *Cómo escribir la historia del nuevo mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007), 59-61.

7. Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en *Historia de la literatura Hispanoamericana*, Tomo I (Madrid: Cátedra, 1992), 53.

8. Edmundo O’Gorman, *La invención de América: el universalismo de la cultura de Occidente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), 21.



Los linderos habitables en donde se circunscribía la vida natural y social del hombre estaban limitados a una isla tripartita —dividida en Asia, África y Europa— en donde, consideraban los antiguos y medievales, se había desarrollado toda la historia universal. Cada una de estas partes del orbe humano gozaba de una descripción detallada en las antiguas obras de geógrafos, cosmógrafos y logógrafos que, desde el siglo VIII a.C., que es cuando podemos situar textos tan antiguos como los de Homero y Hesíodo, habían dejado constancia de las características físicas y “morales” de muchos pueblos y sus habitantes. Por ejemplo, Heródoto hacia el siglo V a.C., indicó: “[...] mucho me maravillo de aquellos que así dividieron al orbe, alindándolo en estas tres partes, Libia, Asia y Europa, siendo no corta la desigualdad y diferencia entre ellas”<sup>9</sup>. Esas diferencias físicas de las cuales hablaba Heródoto hacían referencia al clima, los paisajes y los accidentes geográficos en general; pero, por otra parte, esas diferencias topográficas entre las diferentes partes del mundo acarrearán, a su vez, diferencias morales (esta palabra hace referencia, al menos en esta época, a usos, costumbres y tradiciones que van desde los principios básicos de sociabilidad hasta las organizaciones políticas más complejas).

Por tanto, el geógrafo e historiador natural romano de origen heleno, Estrabón (64 a.C - 23 d.C), en su obra *Geografía*, mostró una gran erudición al recoger numerosos textos de las *auctoritas* como Posidonio, Hiparco, Polibio y Homero, que fueron útiles para explicar cómo en esas tierras lejanas el influjo de factores físicos como el “temperamento” (clima), el territorio (los ríos, las montañas, entre otros) y la calidad de los suelos (los cultivos que representaban el sustento de diversas colectividades) determinaban en inmensa medida las costumbres, usos y tradiciones de los pueblos considerados bárbaros; por otra parte, su estudio le demostraba que los oprobios y obstáculos naturales solo podían ser sorteados por buenos hábitos (superación de los instintos, sociabilidad y vida política virtuosa) como lo habían conseguido los griegos y los romanos<sup>10</sup>, en oposición a pueblos como los celtas o los britanos (en algunas ocasiones ambos aparecen como gente hiperbórea en la obra) que eran representados por una cadena de significantes que iban desde la incapacidad de realizar reflexiones profundas, la falta de rigor para el trabajo y de disciplina en general, hasta la promiscuidad, la ausencia de pudor y la carencia de organización social para apropiarse y aprovechar los recursos<sup>11</sup>.

---

9. Heródoto, *History of Herodotus*, Vol. I, IV (New York: J.M. Dent and sons, 1936), 37. Traducción del autor.

10. Para los atenienses era por medio de “las artes, el talento, los estudios, una vez que algunos han comenzado, prosperan generalmente en cualquier latitud. Más aún, a pesar de la latitud; de tal forma que una parte se posee por naturaleza y otra se debe al hábito y al ejercicio”. Estrabón, *Geografía. Libro I* (Madrid: Gredos, 1991), 466.

11. Estrabón, *Geografía. Libro I*, 239-240.



Durante gran parte de la historia del mundo occidental, que se abigarró sobre la tradición geográfica de árabes, hebreos, helenos y romanos, se elucidó que el habitáculo del hombre era un corredor templado de tierra que se dividía “con relación al avance y retroceso del sol a lo largo del círculo inclinado del eclíptico. Los trópicos de Cáncer y Capricornio marcaban la declinación máxima del sol hacia el norte y hacia el sur del círculo ecuatorial. Los polos ártico y antártico marcaban la correspondiente declinación del polo del eclíptico o del zodiaco”<sup>12</sup>, las regiones que se situaban por encima de los círculos antártico y ártico se consideraban inhóspitas por la carencia de luz solar; también, la zona caliente ubicada entre Cáncer y Capricornio se creía no apta de morar por el hombre debido al exceso de calor; por tanto, solo había una franja templada y civilizada en donde se concatenaban Europa, Asia y África. Por ejemplo, Estrabón en el siglo I a.C. adujo:

Que el orbe habitado es una isla es cosa que hay que aceptar, ante todo a juzgar por la percepción sensorial y, por el conocimiento empírico. En efecto, en cualquier lugar, en cualquier dirección en la que ha sido asequible a los seres humanos el avanzar hasta los últimos confines de la tierra, se encuentra mar, al cual precisamente llamamos Océano; y allí donde no fue posible aceptarlo con ayuda de la percepción sensorial, lo indica claramente la razón. En efecto, el lado oriental, próximo a los indios, y el occidental, próximo a los iberos y los maurusios pueden ser recorridos en barco en su totalidad hasta una gran distancia por la parte sur y por la parte norte; y lo que hasta el presente nos queda sin navegar, por el hecho de que nadie de los que circunnavegaban en sentido inverso se han llegado a encontrar, no es mucho en extensión, si se conjetura a partir de las distancias paralelas que nos son asequibles. No es probable que el piélago Atlántico esté dividido en dos mares distintos y separado por istmos tan estrechos que obstaculizan la vuelta completa, sino más bien que sea confluyente y continuo.<sup>13</sup>

No obstante, la misma tradición había sugerido que existía la posibilidad de que existiesen otros mundos habitados pero inalcanzables para los hombres. Por ejemplo, Cicerón en su obra *Comentario al sueño de Escipión* coligió que “debemos creer que los hombres que se supone que viven allí respiran el mismo aire que nosotros [...] pisarán el suelo al igual que nosotros, y verán siempre el cielo sobre sus cabezas, y no tendrán miedo de que la Tierra caiga al cielo”<sup>14</sup>. Evidentemente, el lenguaje común (en términos de Schleiermacher), que fueron hilvanando los hombres doctos en materias como la cosmología y la geografía, fue la herramienta que, emulando a un cincel, esculpió un imaginario sobre

---

12. Nicolás Wey Gómez, “Memorias de la zona tórrida: el naturalismo clásico y la ‘tropicalidad’ americana en el Sumario de la natural historia de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”, *Revista de Indias* 73, n.º 259 (2013): 618, <https://doi.org/10.3989/revindias.2013.20>

13. Estrabón, *Geografía. Libro I*, 220.

14. Cicerón, *Comentario al sueño de Escipión* (Madrid: Gredos, 2006), 362.



el mundo terrestre, la obra de Dios, que sobrevivió hasta los tiempos de Cristóbal Colón y Américo Vespucio. Durante el primer viaje de Colón, en una carta fechada el 21 de octubre de 1492, el explorador relató:

[...] si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo haya lengua con este Rey y ver si puedo haber de él oro que oyo que trae, y después partir para otra isla grande mucho que creo que debe ser Cipango, según las señas de estos indios que traigo a la cual ellos llaman Colba [...] y de esta otra isla que llaman Bossio, que también dicen que es muy grande, y a las otras que son de entremedio veré también de pasada y según yo fallare recaudo de oro o especería determinaré lo que facer. Más todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y la ciudad de Guisay, y dar las cartas de vuestras Altezas al gran Can, y pedir respuesta y venir con ella.<sup>15</sup>

Colón creyó haber visitado las costas orientales de la India. Desde allí, pensaba arribar a Guisay (Kinsai o Hang-Cheufu en China) para pedir audiencia con el Gran Kahn, que era una figura emblemática que hacía eco en la imaginación de los viajeros después de haber leído los relatos de Marco Polo. Asimismo, se identificó a Cuba como Cipango, lo que hoy es Japón. A medida que el viaje de Colón fue avanzando, lo que su vista traducía en palabras era el reflejo de un hombre que empezaba a sospechar que su devenir físico-conceptual en el mundo ya estaba fuera del ya conocido y dibujado desde la época de Homero hasta los albores de la modernidad con Marco Polo. El genovés poco a poco se fue consagrando como la figura arquetípica del hombre moderno, pues, usando las herramientas de sus sentidos, cobijó con un velo de duda lo que las autoridades habían inferido sobre la filosofía natural. Por ello, no es de extrañar que, en el año de 1493, cuando creía que estaba en una isla cerca del río Ganges, pusiera un acento de sospecha sobre la existencia de los monstruos que habitaban tierras lejanas y que se habían vuelto tan populares por Marco Polo (1254-1324) y Sir John Mandeville, que era el personaje ficticio de una obra de viajes titulada *El libro de las maravillas* (ca. 1300):

Las mugeres parece trabajan mas que los hombres, y no pude averiguar si gozan propiedades, porque observé que uno tenía á su cargo distribuir á los demás, especialmente alimentos ó manjares y cosas semejantes. No encontré entre ellos, como se presumía, monstruo alguno, sino gentes de mucho obsequio y benignidad. No son tan negros como los etíopes; sus cabellos son aplastados y caídos; no habitan donde hieren mas vivamente los rayos del sol, porque allí es terrible su fuerza y dista al parecer veinte y seis grados de la equinoccial. En las cimas de los montes no falta grande frío, del cual se libertan, ya por estar acostumbrados al clima, y ya con el uso de comidas y bebidas muy cálidas, que toman continua y pródiga mente. Así es que no observé monstruos ni llegó á mi noticia que los hubiese, exceptuando la isla llamada Caris, que es la segunda según se va desde la

---

15. Cristóbal Colón, “Carta del Almirante Cristóbal Colón escrita al escribano de ración de los señores Reyes Católicos”, en *Viajes de Cristóbal Colón*, comp. M. Fernández de Navarrete (Madrid: Calpe, 1922), 43.



Española á la India, y la que habitan personas que son consideradas por sus circunvecinas como las mas feroces; éstas se alimentan de carne humana. Poseen muchas especies de canoas, con las que llegan á desembarcar en todas las islas de la India, roban arrebatan cuanto se les presenta. En nada se diferencian de los otros sino en llevar largos los cabellos como las mugeres, y en servirse de arcos y flechas de caña, fijas, como ya se insinuó, en astiles aguzados por la parte mas gruesa; y ésta es la causa de que sean considerados como feroces, por lo que los demás indios les tienen un miedo incalculable; pero yo formo el mismo concepto de ellos que de los demás.<sup>16</sup>

Durante gran parte de la historia de la civilización occidental los relatos sobre la existencia de monstruos plagaron los imaginarios de viajeros y comerciantes. Esta figura narrativa tenía una función más allá de la de entretener a un público burgués que era bastante asiduo para el consumo de este tipo de obras, pues, efectivamente, el “monstruo” era considerado como un fenómeno de la historia natural, y su presencia podía ser explicada por la *episteme* de los naturalistas. La retórica de la monstruosidad estaba apoyada en una teoría cosmológica: se arguyó que los lugares cerca la Zona Tórrida, tales como el trópico de cáncer, eran regiones del orbe donde los elementos terrestres convergían de manera tal que eran el escenario propicio para la aparición de monstruos animales, vegetales y humanos; la humedad del Nilo y del Ganges, como lo explicó Plinio el Viejo, chocaba con el calor que emanaba cerca de la Zona Tórrida, así, en la llamada “zona tropical”, “no es de maravillar que en las últimas partes della se engendren monstruosas figuras de animales y hombres, siendo artífice el sol para moldear con su ígneo movimiento, cuerpos y cincelar y esculpir varias figuras”<sup>17</sup>.

Marco Polo heredó y aprehendió esta ancestral percepción que enjuiciaba —por fuera de la evidencia— que las calidades morales de los hombres estaban determinadas —en gran parte, sino totalmente— por los (pre)condicionamientos geográficos; por tanto, lo inconmensurable se cobijaba en la carcasa categórica de “monstruo”. En concordancia con lo anterior, Rossamaund Elaine Brennan sugiere que cuando los viajeros europeos, circunscritos a la primera etapa de la modernidad, se abocaron a gentes, costumbres, usos, tradiciones, prácticas, representaciones y formas rituales que se salían de la esfera de sus concepciones familiares, intentaban convertirlo en algo inteligible edificando instrumentos narrativos dentro de ejes representacionales pretéritamente comprensibles como las maravillas medievales o los monstruos del mundo clásico<sup>18</sup>.

---

16. Colón, “Carta de Cristóbal Colón a los Reyes de España”, en *Viajes de Cristóbal Colón*, 206.

17. Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural*, traducida por Antonio de Huerta y ampliada por él mismo con escolios y anotaciones en que aclara lo oscuro y dudoso, y añade lo no sabido hasta esos tiempos (Madrid: Imprenta de Luis de Sánchez Impresor del Rey Nuestro Señor, 1623), 221.

18. Rosamund Elaine Brennan, “European Representations of the New World in Travel Narratives and Literature, Late-Fifteenth to Mid-Seventeenth Centuries” (Tesis de doctorado, Universidad de Cardiff, 2006), 13. Traducción del autor



Ahora bien, cuando ya los monstruos plinianos habían sido relegados a la memoria de la tradición ya superada por la *episteme* occidental, la “ontologización” del ser-americano, es decir, la manera según la cual este ya “Nuevo Mundo” se inscribió dentro de las coordenadas teleológicas del trasegar común de los pueblos civilizados, tuvo que tener como punto de partida la ruptura con la antigua conceptualización de la *Ecumene*. Para ello, se presentó un doble movimiento: se tuvo que objetualizar al mundo no-europeo como algo diferente del sujeto trascendental (cognoscitivo absoluto) del europeo. El etnólogo Gustavo Bueno propone que este juego dialéctico tiene como implicación una subjetivación de la cultura a la cual se está evaluando; en el caso de las cartas y las crónicas también se debe tener en cuenta a la naturaleza como objeto externo al sujeto, por lo que debe haber un movimiento de ida y vuelta: se arguye que el objeto de estudio es un objeto histórico y se idealizan sus características en esquemas cada vez más formales, a la vez, el sujeto cognoscente, que se considera a sí mismo como historia, entra a reevaluar las formas ideales de su propia cultura como punto de comparación con cualquier otra. Por tanto, se puede elucidar cómo Américo Vespucio en 1501, en una carta que iba dirigida a Lorenzo de Médici bajo el título *Mundus Novus*, develó que “los aspectos particulares de la vida que en Europa tenían la investidura de un valor cultural, eran específicamente identificados por su ausencia en el Nuevo Mundo”<sup>19</sup>. Vespucio exhibió:

Los dos sexos van desnudos, no se cubren ninguna parte de su cuerpo; como salieron del vientre de su madre así van hasta su muerte. [...] Tienen una costumbre, muy vergonzosa. Sus mujeres, que son muy lujuriosas, causan que las partes privadas de los hombres se hinchen hasta alcanzar un gran tamaño y que parezcan deformes y desagradables [...] No tienen traje alguno, de seda, lana o algodón, puesto que no lo necesitan y no tienen posesiones privadas, pues todas las cosas son puestas en común. Viven juntos sin rey, sin gobierno y sin maestro. Se casan con todas las mujeres que quieran; y el hijo cohabita con la madre, hermano y hermana, primo y prima y con el primer hombre que aparezca.<sup>20</sup>

Américo Vespucio hizo mención de algunas colectividades indígenas que, poco a poco, se fue encontrando mientras bordeaba las costas de lo que corresponde al Brasil moderno. El florentino realizó este viaje mientras estaba amparado y al servicio del soberano Rey de Portugal Manuel I; sus descripciones, que eran bastante generales, se podían acoplar a cualquier grupo humano ajeno de los lugares ya conocidos y recorridos del Viejo Mundo. Es pues, que la visión que se extendió a lo largo de las tres primeras centurias de la actividad

---

19. Brennan, *European Representations*, 92. Traducción del autor.

20. Américo Vespucio, *Mundus Novus. Letter to Lorenzo Pietro de Medici*, translation by George Tyler Northup (Princeton: Princeton University Press, 1916), 5.



colonial sobre el continente americano, de acuerdo con la percepción de los hombres de letras del Viejo Mundo que se apostillaban sobre la tradición de la *episteme* occidental, era que la masa de hombres y mujeres que constituían los nativos del Nuevo Mundo era la fiel representación (forma idealizada) de un paso previo (pretérito en el Espíritu) a cualquier noción de organización social racional y vida civilizada.

Para los adalides de la historia universal, quienes hacían gala de su protagonismo y agenciamiento en el teatro de la sociedad europea y que se amparaban en permisos indelebles como la bula *Inter Caetera* del papa Alejandro V (1493), era un deber moral encaminar a los pueblos olvidados al correcto devenir de la teleología del ya experimentado Viejo Mundo, la cual se ceñía a una embrionaria noción de progreso. Este tutelaje paternalista al cual era sometido el territorio americano implicaba, por un lado, que toda la historia del pensamiento occidental era un aval que acreditaba la mayoría de edad de los europeos cultos, y por otro, que esta relación asimétrica solo se pudo conjugar en la medida en que a los pueblos más allá del Atlántico no se les consideraba en igualdad de condiciones, pues se arguyó que sus usos, costumbres y conocimientos ya se habían superado y se asemejaban al de los europeos primitivos y bárbaros. Por tanto, de acuerdo con esta consideración, se aseveró que los nativos del Nuevo Mundo “no poseían una cultura que fuera valiosa o comparable a la cultura europea, más que en la inferioridad de una oposición binaria”<sup>21</sup>. La epístola de Vespucio es bastante reveladora, pues enseña la multitud de condiciones sociohistóricas que dibujaron las primeras explicaciones sobre las costumbres, la naturaleza y la historia de los hombres y mujeres *plus ultra* de las ancestrales columnas de Hércules.

Cabe indicar, sin mostrar dilación alguna, que el perfil constitutivo de los escritores de crónicas adoptó algunas generalidades, pues, como se ha insistido desde el comienzo, son los hombres en su situación social e histórica los que dotan de sentido a cada palabra que escriben. Se puede observar que todos ellos estaban inmiscuidos en los procesos de formación de los Estados modernos europeos, por eso, así como el explorador florentino, no es de sorprender que vieran con sospecha la falta de un organismo policivo que regulara el orden o una organización vertical basada en el *statu quo*, pues en el imaginario de los letrados de la Península Ibérica, los reinos y repúblicas regiones italianas, Francia o Inglaterra, se infería que para poder detentar y evolucionar un pensamiento racional se requería someter la barbarie primigenia, aún ligada a la naturaleza, a las leyes sociales y a las máximas morales que eran vistas como elemento catalizador de la virtud. Así, también

---

21. Brennan, *European Representations*, 61. Traducción del autor.



resultaba dudoso para la retina de los hombres cultos del Viejo Mundo que estas personas recién nacidas para los escritos renacentistas no poseyeran vestido alguno de ningún material especial —lino, seda o alguna tela teñida con púrpura—, lo cual iba en contravía a la forma cada vez más refinada en que concebían el gusto y la distinción del prestigio acaecido en la ropa, las maneras y los modales ligados a esta.

A su vez, la ausencia de propiedad privada era para los mediadores entre el Nuevo Mundo y el mundo de la tradición un rasgo de barbarie propenso de ser caracterizado, pues, al no existir un significado social de la riqueza, no había necesidad de acumulación o excedentes que desembocaran en una exacerbada división social donde se pudiese consagrar capas de letrados dispuestos a la ejecución de tareas dignas y loables para el espíritu. Además, la producción y la reproducción de la vida material ya conocida en Europa no tenía cabida en esta nueva parte del orbe; por ende, la estructura legal que la regía tampoco reinaba sobre estos grupos humanos, lo que desembocaba en una falta de apuro por sistematizar el capital hereditario (que es una de las formas primitivas de riqueza y capital originario gestado en el seno del capitalismo mercantil europeo durante los siglos XIII y XIV), haciendo que tampoco fuera menester priorizar las primogenituras o conjurar las bases que posibilitaran la inversión en mercados extranjeros, el préstamo a usura y, con ello, el ascenso social. Asimismo, los europeos miraban horrorizados que en este Nuevo Mundo, del cual los clásicos no habían tenido noticia, la división sexual del trabajo era incipiente y confusa, por tanto, se revertía la premisa de que el derecho natural había delegado a hombres y mujeres roles muy fijos durante su estancia en el habitáculo terrestre. El humanista español Hernán Pérez de Oliva, en algún momento de la primera mitad del siglo XVI —no se ha determinado la fecha exacta de la publicación de la obra—, adujo:

Todos a ocio acostumbrados [refiriéndose al relato de Colón sobre los Indios de La Española] y a deleytes de la vida. Cuya religión entonces no pudo conocer. Letras ningunas tenían, y por leyes guardaban sola la costumbre. Por la falta de hierro y poca necesidad (sic) en que el abundancia y la templanza de la tierra los ponía, usaban pocas artes.<sup>22</sup>

La cita anterior muestra que las personas letradas que vivían en las cortes europeas edificaron la imagen del Nuevo Mundo sin siquiera zarpar de los puertos, pues, como se evidencia en el trabajo de Oliva titulado *La invención del Nuevo Mundo*, muchos de estos personajes hacían una exhaustiva y erudita revisión de crónicas que llegaban hasta sus manos, porque, como

---

22. Hernán Pérez de Oliva, *Historia de la invención de las Indias* (Bogotá: Imprenta patriótica del estudio Caro, 1965), 48.



se ha insistido, la función principal de esta práctica textual era la de socializar el dato empírico, hacer partícipe a todos los hombres cultos de una experiencia sin igual. Estos, de igual forma, traducían y significaban aquello que leían de acuerdo a los prototipos de la vida occidental<sup>23</sup>. En suma, esta parte del orbe, hasta ese momento ignota, empezó a cobrar sentido dentro de las grandes narraciones de la tradición occidental en la medida en que se inmiscuyó en los prototipos ya existentes para evaluar lugares alejados o desconocidos de las antiguas cartografías y relatos. En otras palabras, las Indias, el territorio americano, pasó por un proceso de ontologización. Se puede afirmar pues que “la escritura era un acto prefigurado y configurativo, porque preexistía, pero también traía a la vida de nuevo una y otra vez”<sup>24</sup>, reactualizándose de acuerdo con las circunstancias propias del contexto; por tanto, el vocablo “Nuevo Mundo” se fue enriqueciendo en la medida que también se alimentó el mito de la asimetría en el desarrollo histórico de las dos partes antagonistas del mundo: la vieja y la nueva. En palabras de Edmundo O’Gorman: “Se trata en realidad de una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos”<sup>25</sup>; postura que sobrevivió hasta el crepúsculo del periodo colonial.

## 2. ¿Crónicas hasta el siglo XVIII?

Cuando se habla de crónicas o de los grandes cronistas de Indias se suele pensar en el siglo XVI y en nombres clásicos como Bernal Díaz del Castillo, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, entre otros. Sin embargo, y a pesar de que es cierto que estos hombres heredaron la concepción más antigua del género de las crónicas —rastreada hasta los logógrafos de la época grecolatina—, aún en el siglo XVIII, en el marco del reformismo borbónico, las grandes expediciones de carácter netamente científico manaron del seno de las crónicas indianas e intentaron erigir una metodología epistemológica que buscaba refutarlas narrando los verdaderos hechos sociales, naturales e históricos acaecidos en el Nuevo Mundo, pero ya bajo la ardiente mirada de los cánones de la Ilustración.

23. Los prototipos funcionan como “representaciones cognitivas de una categoría, estándares respecto de los cuales se evalúa el parecido familiar y se decide la pertenencia a la categoría”. Michael Hogg y Graham Vaughan, *Psicología social* (Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2010), 52.

24. Juan Sebastián Ocampo Murillo, “Naturaleza, paisaje y viajeros durante la ilustración. La real expedición botánica en el Nuevo Reino de Granada (1783-1813): entre la ciencia, el conocimiento y los intereses imperiales” (Tesis de pregrado en Historia, Universidad Pontificia Bolivariana, 2018), 33.

25. Edmundo O’Gorman, *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, José de Acosta y Fray Bartolomé de las Casas* (México: Alianza, 1972), 56.



Desde el primer contacto entre las dos partes del orbe, la antigua y la nueva, que se gestó un vínculo literario entre europeos residentes en ambas facciones de la tierra separadas por el Atlántico, se terminó de romper un monumento que ya tenía sus primeras fisuras y visos de fragilidad desde el renacimiento de la vida urbana en los burgos. Este monolito era la imagen de la humanidad que habían esculpido los filósofos clásicos con ígneo tesón desde los primeros postulados socráticos sobre la ética. Para ellos, al igual que para Santo Tomás de Aquino, que se ubicaban a más de milenio y medio de diferencia, la humanidad siempre había sido la misma, siempre había tenido las mismas características que proponía la antropología filosófica: era propensa de virtud, sujeto político y social y proclive de alcanzar la sabiduría. Los griegos no habían volteado sus ojos hacia los antiguos para buscar sus raíces; para los cristianos, como bien explica el historiador del siglo IV Eusebio de Cesarea, el progreso de la humanidad después de la ruptura con la unidad divina del Génesis era solo la manera en la que Dios iba revelando en la historia las verdades eternas. Ya para el siglo XIII, Dante argumentaba que su naturaleza era diferente de la de los antiguos: “las piedras de los muros de Roma merecen veneración y el terreno en el que se levanta la ciudad es más digno de lo que dicen los hombres”<sup>26</sup>. En concordancia con lo anterior, los humanistas del Renacimiento consideraban que tenían un aparato conceptual más elaborado y sofisticado que los clásicos para aprehender las bondades del mundo y, en su condición de “hombres modernos”, podían evaluar a los antiguos. Una obra bastante difundida en el siglo XVI fue la de Cristóbal Villalón, titulada *Ingeniosa comparación entre antiguos y modernos* (1539), en donde el autor afirmó:

¿Qué os parece que fuese igual en los antiguos con la industria de los tratos y contrataciones de agora [sic]? [...] ¿Aquella facilidad con que los hombres se atreven a yr en breves tiempos grandes jornadas en extrañas provincias, no perdonando las fragosas tempestades del invierno, ni temiendo los fuegos del verano, más en postas y estafetas en un punto de determinen y se ponen donde quieren?<sup>27</sup>

La sofisticación técnica y material era equiparada en iguales proporciones al mejoramiento de los sentidos y del conocimiento que se podía adquirir y depurar mediante el correcto uso de estos. Por ejemplo, Gonzalo Fernández de Oviedo en 1533 dijo: “no escribo de auctoridad de ningún historiador o poeta, sino como testigo de vista en la mayor parte de quanto aquí trataré”<sup>28</sup>. En otros términos, el espacio para dogmas y conocimiento escolástico se estaba estrechando

---

26. José Alcina Franch, *El descubrimiento científico de América* (Barcelona: Antropos, 1988), 72.

27. Cristóbal Villalón, *Ingeniosa comparación entre antiguos y modernos* (Madrid: La sociedad de los bibliófilos españoles, 1898), 14.

28. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, el Caribe y Tierra Firme* (Madrid: Imprenta de la Real Academia de Historia, 1851), 10.



hasta finalmente desaparecer. Durante mucho tiempo la historia natural, en donde se incluían materias como la geografía y los recuentos históricos de diferentes pueblos, se redujo a índices de nombres eminentes como Posidonio, Estrabón, Tito Livio, Aristóteles, Cornelio Agripa, Plinio el Viejo, etcétera, que ya habían tratado sobre un tema en específico. La crisis de la que se ha hablado más arriba tuvo como consecuencia que las nuevas voces narrativas entre los siglos XVI a XVIII sintieran que estaban superando lo que ellos consideraban “errores” del pasado. No es de extrañar, pues, que José de Acosta, en 1590, sugiriera al inicio de su obra: “Pero cosa es mejor de hacer que desechar lo que es falso del origen de los indios que determinar la verdad. Porque ni hay escritura entre los indios ni memoriales ciertos de sus primeros fundadores”<sup>29</sup>.

El jesuita Acosta era hijo de su tiempo, en sus palabras también se reflejaba todo el mundo intelectual europeo que estaba volcando sus intereses a revisar el pasado de una forma racional. Así, mediante la utilización de análisis numismáticos, “proto-arqueológicos”, paleográficos y diplomáticos, la premisa descansaba en desenmarañar los intrincados hilos de la historia de la humanidad en su movimiento total. El Nuevo Mundo, que recién había sido rescatado de la memoria universal de la creación divina, debía ser sometido a este utillaje mental cada vez más moderno que propendía a sistematizar de forma unívoca cualquier dato arrojado a la vista de los doctos, pues, en palabras de Francis Bacon: “La historia de la naturaleza es de tres clases: naturaleza en curso, naturaleza variando o errando, y naturaleza alterada. Esta es, historia de las criaturas, de las maravillas, e historia del arte”<sup>30</sup>.

Se puede evidenciar que la novedad del Nuevo Mundo radicaba en que su aprehensión significaba una ruptura total con el mundo clásico y su visión monolítica del ser humano. El monumento erigido, cual templo de Artemisa que ya había agrietado su estructura, sucumbió ante nuevos agentes históricos afanados por realizar sus actos performativos en el teatro de la gran historia universal. Este Nuevo Mundo ya no era el de Aristóteles, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo o San Agustín, pues si bien como indica José de Acosta, estos no se habían equivocado al develar las verdades reveladas de la historia sagrada, había que visitarlos como fuente de error en el plano de los hechos naturales y la historia civil del hombre<sup>31</sup>. En 1620, Bacon, el gran filósofo inglés, bastión del empirismo británico, vio con ojos optimistas la inminente expansión de las coronas europeas por América, al tiempo que defendía que la gran producción de escritos era una necesidad de primera mano

---

29. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias* (Madrid: Cyan, 2008), 41.

30. Francis Bacon, *Advancement of learning* (London: Oxford University Press, n.d.), 77. Traducción del autor.

31. José de Acosta, *Historia natural y moral*, 71.



para acrecentar el conocimiento de la civilización, pues en sus palabras “es conocida la mayor parte del nuevo mundo, y conocidas también las regiones extrañas del antiguo, y ha aumentado el número de las observaciones en proporción infinita”<sup>32</sup>.

Ahora bien, ya para el siglo XVII se entendía que esa otra parte del orbe ya no correspondía a esos mundos templados de Cicerón, las islas asiáticas de Colón o la naturaleza ignota que querían desentrañar Fernández de Oviedo o Acosta, sino que era una parte nueva del mundo, donde ya después de un siglo había ocurrido historia: grandes batallas y gestas de conquistadores, periplos de órdenes monacales y evangelizadores. Hay que recordar que para esta época solo se consideraba como “historia” los hechos que eran dignos de mención y que habían sobrevivido a la memoria gracias a la escritura. Fray Pedro Simón en 1629 dijo:

El primero fue llamarles Nuevo Mundo, y llamáronle así no porque estas tierras estén fuera de globo y de esfera donde están las demás, con otro centro, otros cielos y elementos, pues todo lo descubierto en ellas es una parte de todo el universo que se comprende debajo de los mismos cielos y en orden a un mismo centro y polos que las demás del mundo [...] La primera (de las razones por las que se denomina Nuevo Mundo), porque no sólo no se tuvieron noticias ciertas antes de que se descubrieran que estas tierras estaban aquí en esta parte del mundo con gente; pero antes fue de parecer Aristóteles y los que le siguieron, que era imposible poder habitar animales por mucho calor que imaginaban que había en ellas y por la mucha vecindad del sol...<sup>33</sup>

El poder de nombrar, de bautizar un territorio, estaba sostenido por el poder que se le confería a la escritura. Cuando se le daba nombre a algo se aseguraba su lealtad y permanencia en el tiempo, en la temporalidad de los dominadores. Hasta el siglo XVIII el vocablo “Nuevo Mundo” se fue actualizando bajo esta premisa: era imperativo revisar constantemente las fuentes del pasado para purgar cualquier error. Cuando la casa imperial de los Borbones ascendió al trono después de la guerra de sucesión en el año de 1700, el mapa geopolítico de Europa se fue configurando de acuerdo con renovadas premisas sobre la explotación de la tierra, la apertura de rutas comerciales y la escritura de tratados científicos que pudiesen ser respaldados en las grandes academias de Londres y París. Entre las reformas ilustradas impulsadas por los soberanos de origen francés estaba la de ejecutar visitas para comprobar el estado de las colonias y realizar expediciones científicas para desmitificar los antiguos escritos de los historiadores indianos que se creía poseían un sesgo tradicional bastante marcado y estaban llenos de resabios teológicos<sup>34</sup>.

---

32. Francis Bacon, *Novum Organum. Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre* (Madrid: Orbis, 1984), 42.

33. Pedro Simón, *Noticias historiales en las Indias Occidentales* (Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1882), 3.

34. Cañizares, *Cómo escribir la historia*, 59-61.



De acuerdo con lo anterior, vale destacar el ejemplo de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, que en la misión conjunta con el francés La Condamine, conocida como la expedición geodésica y amparada por el soberano de España Carlos III y el regente francés Luis XV, tuvieron entre sus propósitos averiguar la verdadera forma de la tierra y recolectar datos útiles sobre los recursos y las personas de las colonias:

Pero quién se persuadiría, que aquellos países, no mucho tiempo ha desconocidos, havian de ser el medio e instrumento, mediante el qual, se viniessen al perfecto conocimiento, y noticia del Mundo antiguo; y assi como el Nuevo le debia su descubrimiento, le havia de recompensar esta ventaja con el descubrimiento hecho en el de su verdadera figura, hasta el presente ~ignorada, ~controvertida?<sup>35</sup>

El Nuevo Mundo se podía seguir reactualizando en su novedad porque se convirtió en objeto de estudio de viajeros ilustrados que mediaban entre la naturaleza y los grandes centros de producción del conocimiento. La traducción al inglés de la obra de Ulloa y Juan no demoró muchos años en salir. En el año de 1744 la *Royal Society* de Londres le rindió un gran tributo a la labor conjunta de españoles y franceses, quienes habían dado un paso adelante en la misión de (re)descubrir el Nuevo Mundo:

Es por cierto verdadero, que al respecto de esto [haciendo referencia a la literatura de viajes], así como en otras ramas de la ciencia, han existido muchas producciones, las cuales por un tiempo fueron aplaudidas y admiradas, y las cuales, no sin causa justa, han servido para tergiversar, más que para instruir las mentes de los hombres, por el despliegue de fábulas, altamente aceptadas como meras lecturas para el entretenimiento.<sup>36</sup>

## Conclusiones

Después de todo este recorrido, es necesario llegar a una conclusión: la conceptualización del Nuevo Mundo no fue algo que ocurrió solo una vez y para siempre, como si hubiese sido una revelación divina que bajó del cielo a iluminar a unos elegidos que tenían las riendas de un destino ya prefigurado. Más bien, se debe afirmar que este proceso de construcción fue algo que atravesó todas las dimensiones históricas de los diversos

---

35. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viage a la América meridional*, Tomo I (Madrid: Antonio Marín, 1748), 6.

36. John Adam, prefacio, en Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *A Voyage to South America*, Vol. I, III-IV (London: Lockyerd Davis. Royal Society, 1772). Traducción del autor.



sujetos imbuidos en el tiempo y su espíritu vital. Habría que destronar esa percepción de la historia donde las palabras están ligadas por fuerza de hierro a las cosas, como si fueran facticidades sin movimiento o vida, asemejándose al error común de quienes se dedican a coleccionar fuentes de archivo y datos eruditos que poco aportan al trasegar civilizado de los pueblos, pues no se toman el trabajo de hacer una exégesis responsable de las grandes producciones científicas, literarias e históricas de la humanidad. Ninguna palabra está puesta de forma inocente; cada uno de este conjunto de lexemas remite a un universo simbólico que se sostiene en la materialidad y se aferra a estas dos por el tesón de la creencia que estructura al mundo.

## **Bibliografía**

---

### **Fuentes primarias**

#### **Documentación primaria impresa**

- Acosta, José. *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Cyan, 2008.
- Bacon, Francis. *Advancement of learning*. London: Oxford University Press, n.d.
- Bacon, Francis. *Novum Organum. Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre*. Madrid: Orbis, 1984.
- Cicerón. *Comentario al sueño de Escipión*. Madrid: Gredos, 2006.
- Colón, Cristóbal. “Carta del Almirante Cristóbal Colón escrita al escribano de ración de los señores Reyes Católicos”. En *Viajes de Cristóbal Colón*, compilado por M. Fernández de Navarrete, 43-45. Madrid: Calpe, 1922.
- Estrabón, *Geografía. Libro I*. Madrid: Gredos, 1991.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, el Caribe y Tierra Firme*. Madrid: Imprenta de la Real Academia de Historia, 1851.
- Heródoto. *History of Herodotus*, Vol I, IV. New York: J.M. Dent and sons, 1936.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. *A Voyage to South America*, Vol. I, III-IV. London: Lockyerd Davis. Royal Society, 1772.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. *Relación histórica del viage a la América meridional*, Tomo I. Madrid: Antonio Marín, 1748.
- Pérez de Oliva, Hernán. *Historia de la invención de las Indias*. Bogotá: Imprenta patriótica del estudio Caro, 1965.



- Plinio Segundo, Cayo. *Historia Natural*. Traducida por Antonio de Huerta. Madrid: Imprenta de Luis de Sánchez Impresor del Rey Nuestro Señor, 1623.
- Simón, Pedro. *Noticias historiales en las Indias Occidentales*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1882.
- Vespucio, Américo. *Mundus Novus. Letter to Lorenzo Pietro de Medici*. Translated by George Tyler Northup. Princeton: Princeton University Press, 1916.
- Villalón, Cristóbal. *Ingeniosa comparación entre antiguos y modernos*. Madrid: La sociedad de los bibliófilos españoles, 1898.

### Fuentes secundarias

- Alcina Franch, José. *El descubrimiento científico de América*. Barcelona: Antropos, 1988.
- Brennan, Rossamund Elaine. “European Representations of the New World in Travel Narratives and Literature, Late-Fifteenth to Mid-Seventeenth Centuries”. Tesis de doctorado, Universidad de Cardiff, 2006.
- Cañizares, Jorge. *Cómo escribir la historia del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Derrida, Jacques. “El pozo y la pirámide. Una aproximación a la filosofía del lenguaje en Hegel”. En *Hegel y la modernidad*, 43-78. Buenos Aires: Siglo XXI, 1983.
- Hogg, Michael y Graham Vaughan. *Psicología social*. Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2010.
- Mignolo, Walter. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. En *Historia de la literatura Hispanoamericana*, Tomo I, 36-65. Madrid: Cátedra, 1992.
- O’Gorman, Edmundo. *La invención de América: el universalismo de la cultura de Occidente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Ocampo Murillo, Juan Sebastián. “Naturaleza, paisaje y viajeros durante la ilustración. La real expedición botánica en el Nuevo Reino de Granada (1783-1813): entre la ciencia, el conocimiento y los intereses imperiales”. Tesis de pregrado en Historia, Universidad Pontificia Bolivariana, 2018.
- Romero, José Luis. *Estudio de la mentalidad burguesa*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1999.
- Schlegel, Friedrich. *Kritische Friedrich Schlegel-Ausgabe*, Tome I. München: Schöningh, 1962.
- Schleiermacher, Friedrich. *Los discursos sobre hermenéutica*, editado por Lourdes Flamarique. Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico, 1999.
- Wey Gómez, Nicolás. “Memorias de la zona tórrida: el naturalismo clásico y la ‘tropicalidad’ americana en el Sumario de la natural historia de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”. *Revista de Indias* 73, n.º 259 (2013): 614-631, <https://doi.org/10.3989/revindias.2013.20>



**QUIRÓN**

---

Revista de estudiantes  
de Historia